

UN VALIOSO INTELECTUAL, DISTINGUIDO UNIVERSITARIO E ILUSTRE MEXICANO

Alfonso ÁLVAREZ BRAVO

He recibido un hermoso regalo: se me ha invitado a dar testimonio de la gran personalidad del doctor y maestro Alfonso Noriega Cantú quien, como dicen las palabras que encabezan estas cuartillas, fue un valioso intelectual, muy distinguido universitario e ilustre mexicano, a más de sus hermosas dotes personales de don de gentes, de lozana simpatía y de increíble sentido de la amistad.

Mi colaboración será corta y sencilla, pues no obstante haber tratado a él y a su familia por largos años, nuestras vidas paralelas, pero con rutas distintas, no me permitieron adentrarme en varios aspectos de su actividad poliédrica —quizá los más importantes de su vida, como su labor docente en la Facultad de Derecho y su labor de investigación en el Instituto de Investigaciones Jurídicas— para analizar al hombre en sus tres vertientes esenciales: vida, obra y persona. Sin embargo, trataré de expresar lo que para mí fue ese gran hombre y dar una idea de lo que a mi modo de ver fue su ambiente, pues, como dijera Marañón, fuera de su ambiente, el héroe es sólo un actor que declama y se agita en el escenario.

Tuve la fortuna de formar parte del grupo de sus “primeros alumnos”, con los que inició su carrera docente en el año de 1930 en la Preparatoria del Colegio Francés “Morelos”, a unos cuantos meses de haber obtenido el título de licenciado en derecho, y pocos meses después también de que la Universidad Nacional de México logró su autonomía, en 1929. El flamante abogado fue nuestro maestro de lógica, de ética y de historia de las doctrinas filosóficas. Desde el primer momento cautivó a sus alumnos por su cultura, su fácil palabra, su simpatía y su modo de tratarnos “como adultos”. Era un tipo de profesor que no habíamos conocido.

Creo sinceramente que “sus primeros alumnos” influimos en cierto modo en su vida, pues a buena parte de nosotros nos distinguió con su amistad. No por ostentación, sino para sentirme más cerca de él

y de su grupo inicial pongo a continuación el nombre de sus alumnos de Preparatoria de 1930, muchos de los cuales triunfamos en la vida. En el grupo de los que “iban para abogados” estaban: Leopoldo Baeza, Felipe Carrasco Zanini, Pedro Cervantes, Juan J. Correa, Eustaquio Cortina y Portilla, Gonzalo Duarte, Carlos Galnares, José Gómez Gordo, Mario García, Rafael Lebrija Saavedra, Marcial Medina, Alfonso Orozco, Manuel Ortiz, Luis Quijano, Juan Sánchez Navarro, Ignacio Soto Ibarra y Manuel de la Torre. De los que “íbamos para médicos” se cuentan Alfonso Álvarez Bravo, Carlos Barroso, Carlos Bracho, Emilio Bracho, José Calvo de la Torre, Joaquín A. Casasús, Dagoberto Cervantes, Carlos Huesca, Manuel de Icaza, Miguel Lebrija Saavedra, Ernesto Miranda Ortiz, Fernando Rodríguez de la Fuente, Luis Ugarte y Pablo Gutiérrez. Todos lo quisimos mucho. Quince de nosotros lo precedieron en el “último viaje”; los otros seguimos teniendo muy vivo su recuerdo. El 9 de febrero de 1956 le ofrecimos un diploma de reconocimiento de “sus primeros alumnos”.

Los azares de la vida me llevaron en 1937 a ser profesor de física médica en el mismo Colegio y tuve la oportunidad de tratar con frecuencia al querido maestro, al lado del señor don Francisco Bernole, director del Colegio y amigo de ambos. Fue muy probablemente este último quien me recomendó con él como médico y desde entonces hasta ahora he tenido el privilegio de tratar como médico y como amigo a su dignísima esposa María del Carmen y a su encantadora hija Sara Eugenia. Y así nos unió una hermosa amistad. Siempre disfruté su compañía pero, muy especialmente, en verdad, cuando llegué a identificarme con él como un amigo, con una verdadera corriente espiritual de afecto superior en la que no cabe jerarquizar pues lleva siempre el mismo sello; profundo afecto, sinceridad, conocimiento mutuo y comprensión. ¡Qué hermosa es la amistad! ¡Qué grande es este don divino que vive y crece en el corazón humano!

Tuvimos siempre una amistad verdadera sin interés personal, dispuesta a dar, fácil para el sacrificio, generosa en la ofrenda, que rechaza la ventaja y, en los momentos cruciales, hace suyo el problema del amigo. Porque para él, la amistad dominó siempre el panorama de su vida, tanto entre familiares como entre simples amigos, hacia superiores como hacia inferiores, tanto con ricos como con pobres, con grandes o con pequeños, dondequiera que hubiera un corazón humano que supiera albergarla. Una vez me confió: ¡Pobre de aquel que no tiene amigos! ¡Qué desgracia!

Se comprende, pues, que haya tenido amigos de todas las clases sociales, de las más diversas disciplinas intelectuales, de los más variados grupos humanos, y que la noticia de su muerte haya producido profundo dolor en el corazón de mucha gente, discípulos, amigos y admiradores.

Su gran sencillez y bonhomía permitieron que, a pesar de su gran personalidad, todo el mundo le llamara "Chato". En cierto modo el Chato fue un liberal, si por ello entendemos, como dijera Marino Gómez-Santos, "estar siempre dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo y no admitir jamás que el fin justifica los medios sino, por el contrario, que son los medios los que justifican el fin". En una ocasión dijo: "Me encanta estar al lado de gente inteligente. He sido amigo de pintores, escritores y hombres de ciencia, sin importarme sus creencias ni sus ideas políticas".

Su talento y amplia cultura lo siguieron de la mano toda su vida. Fue un universitario verdaderamente distinguido en aspectos académicos y administrativos. Muy joven aún, el 13 de julio de 1942, tomó el cargo de secretario general de la Universidad Nacional Autónoma de México y poco después, el 16 de noviembre del mismo año, fue designado rector provisional de su querida Universidad. Fue, asimismo, profesor muy estimado y reconocido de la Facultad de Derecho, director de la misma en el bienio 1943-1944 y profesor emérito, sin dejar su cátedra, hasta la muerte. Recibió el grado de doctor en derecho en 1950 y alcanzó el máximo honor de su carrera universitaria al ser designado por el Consejo Universitario de la Universidad Nacional Autónoma de México, Doctor Honoris Causa, el 22 de agosto de 1978. Murió defendiendo a su Universidad en un artículo póstumo que publicó el periódico *Excelsior* pocos días después de habernos dejado.

Ingresó a la Barra Mexicana de Abogados en 1943 y a la Academia Mexicana de Jurisprudencia el 1º de octubre de 1948. Su gran interés por las letras y su gran cultura literaria le permitieron ganar el primer premio en el concurso literario sobre Lope de Vega el 10 de junio de 1973. Ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua el 11 de abril de 1975. Gran satisfacción para nosotros, sus discípulos y amigos, fue el que alcanzara el gran honor y reconocimiento de ser considerado "Premio Nacional de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía" el 16 de diciembre de 1985.

La trayectoria seguida por el Chato Noriega demuestra que toda la vida seremos lo que seamos capaces de ser desde jóvenes. Su talento

y su gran interés por difundir la cultura nunca lo abandonaron. Su gran valor como escritor empezó temprano y lo acompañó toda su vida. Irrumpió con éxito en el periodismo. Fue el suyo un periodismo que rompe con el amaneramiento, discute el momento presente y desarrolla cada artículo con brevedad magistral. Su estilo es directo, sencillo, elegante. No se nota en sus artículos otra preocupación o ambición que estén por encima del ser claro, ilimitadamente claro, sacrificando a la claridad la vanidad de la retórica. Abordó con frecuencia temas de actualidad polémica y procuró que sus escritos orientaran los problemas del momento.

Su mente clara, su memoria magnífica y su amplia cultura lo hicieron un magnífico conversador que sabía adaptarse al auditorio, al lugar y al momento que vivía. Con frecuencia su conversación en reuniones sociales era anecdótica y amena. Contaba que la primera vez que se entrevistó con el licenciado Miguel Alemán Valdez ya siendo presidente de la República, quien había sido su compañero en la Facultad de Derecho, no encontraba cómo iniciar el trance, si con el ritual de la alta investidura o con la sencillez del compañero de clases. Ante este dilema optó por una posición intermedia y le dijo: “¿Cómo te va, señor presidente?” En ocasiones las anécdotas se referían en forma jocosa a él mismo. Contaba que al salir de dar su clase en la preparatoria le obsequiaba unas cuantas monedas a un hombre sentado al lado de la puerta, que exhibía unas impresionantes úlceras atróficas en las piernas. El hombre en cuestión siempre contestaba igual: “Muchas gracias, señor. Que Dios le conserve la vista”. Después de varias veces, el Chato, intrigado, le preguntó: “¿Por qué tiene usted tanto interés en que Dios me conserve la vista?” y el hombre contestó: “Porque si llega a necesitar anteojos, ¿dónde se los va a atorar?”

Sus anécdotas tenían a veces, filosofía popular. En una cena en mi casa a la que también asistía el querido amigo, licenciado Antonio Carrillo Flores, recordó que en tránsito ambos de Cuernavaca a Cuautla, al llegar a Yauhtepec, no encontraban el camino y, entonces, preguntaron por él a un labriego, quien no supo informarles. Uno de los que iban en el coche imprudentemente expresó: “Para qué le preguntan a ese indio tonto”, y el campesino aludido comentó: “Tonto, tonto, pero no ando perdido como ustedes”.

Las reuniones en su casa eran por demás agradables, tanto por él como por María del Carmen, su esposa, quien es también excelente conversadora, culta y de muy agradable trato. Además, como siempre

tuvieron tantos amigos, los comensales eran gente inteligente, valiosa y agradable, que sabía conversar.

Padre excepcional y marido magnífico, formó una familia pequeña, pero también, como él, simpática y valiosa. Tuve el privilegio de traer a este conflictivo mundo a cuatro nietos, hijos de su entrañable hija Sara Eugenia y del licenciado Miguel Angoitia. El mayor de ellos, Alfonso, le dio la gran satisfacción de hacerlo también abuelo intelectual: se recibió de abogado.

Dedicado totalmente a su actividad académica, no tuvo tiempo ni interés en hacer dinero. Vivía dignamente y con eso le bastaba.

Siempre vio hacia adelante y estuvo actualizado, probablemente porque pensó que el hombre que no se malogra en el tiempo no está autorizado, en los años de después, a mantener, sólo porque fueron suyos, los sentimientos, las ideas y las actitudes del lejano ayer.

La vida es un destino universal; nunca está todo perdido, ni aun con la muerte. Él siempre buscó y difundió su verdad, y el haber buscado y difundido de verdad vale más que el dolor de morir.

Su amplia cultura y capacidad de meditación consciente le permitieron tratar adecuadamente muy diversos aspectos de la vida y adoptar criterios que serían inadmisibles para espíritus estrechos, compartiendo lo que en alguna ocasión dijera el maestro Ignacio Chávez: "No sólo hay certidumbre en la apariencia fenomenológica organizada en las leyes de las ciencias, sino que hay otros estratos del pensamiento humano, también valederos, sobre los cuales puede fundarse la valoración de lo que es bueno, de lo que es bello y lo que es justo en la vida".

El doctor Alfonso Noriega Cantú fue una gran personalidad a quien nunca le interesó el brillo de oropel. Fue un hombre inteligentemente sencillo a quien bien puede aplicarse este pensamiento de Marañón: "En medio del clamor de los aplausos, el hombre inteligente cerrará los ojos y con la mente pedirá a los que lo aclaman: ¡Perdón por haber vencido!"